

## LA EVOLUCIÓN DEL PENSAMIENTO EN MARÍA ZAMBRANO: SU FILOSOFÍA ANTES DEL EXILIO (1931-1939)

por Juana Sánchez-Gey Venegas  
Universidad Autónoma de Madrid

*Expondremos las distintas etapas que recorre el pensamiento de María Zambrano. Desde una razón política a una razón autobiográfica hasta la razón poética. El sentir enlazándose con la racionalidad abre el pensamiento zambraniano a temas más que vitales, sentidos y presentidos: el origen, la infancia, los sueños, la libertad, el tiempo ... Su metodología: la guía, la metáfora, la confesión le permite una dialéctica en la que se entrelaza lo subjetivo y lo objetivo, lo entrañado con la realidad circundante.*

Los primeros escritos de María Zambrano que ven la luz son tres cartas dirigidas a Ortega y Gasset, dos de ellas en el transcurso de 1930 y la otra en 1932. En 1930 escribe también su primer libro *Nuevo Liberalismo* y entre 1933 a 1938 diversos artículos en las Revistas *Cruz* y *Raya* (1933-34), *Revista de Occidente* (1933-35) y *Hora de España* (1937-38).

Los artículos de *Cruz* y *Raya* serán los siguientes:

“Cock-tail de Ciencias” (Presentación del discurso de Julio Rey Pastor, “Los progresos de España e Hispanoamérica en las ciencias teóricas”, abril 1933.

“San Basilio” (Nota biográfica y antología), mayo 1933.

“Señal de vida.” S Obras de José Ortega y Gasset (1914-1932), mayo 1933.

“Renacimiento litúrgico” (Sobre el Espíritu de la liturgia de Romano Guardini), junio 1933.

“Por el estilo de España”. (Sobre “Lope de Vega y su tiempo” de Vossler), marzo 1934.

En *Revista de Occidente* escribe desde 1933 a 1935, los siguientes artículos:

“Lou Andreas Salome: Nietzsche”, enero 1933.

“Hoffman: Descartes.” (reseña), marzo 1933.

“Alejandro el Grande, héroe antiguo” (reseña del libro de V. Wilken), enero 1934.

“Conde de Keyserling: La vida íntima” (reseña), febrero 1934.

“Robert Aron y Arnaud Dandieu: La revolution nécessaire” (reseña), mayo 1934.

“Por qué se escribe”, junio 1934.

“Ante la “Introducción a la Teoría de la Ciencia” de Fichte”, noviembre 1934.

“Hacia un saber sobre el alma,” diciembre 1934.

“Un libro de ética” (Sobre “Ética general” de Ramón del Prado), agosto, 1 935.

En 1937 *Hora de España*. publica los siguientes textos de María Zambrano “El español y su tradición” (nº IV), “Españoles fuera de España” ( nº VII), “La guerra de Antonio Machado” (nº XII) y “La reforma del entendimiento español” (nº IX).

Todos ellos están publicados junto a

“Los intelectuales en el drama de España”, en una 2a edición aumentada con “Ensayos y Notas”, (1936-1939) con este último título en 1977, entre otros artículos publicados en *Hora de España* están:

“Un camino español: Séneca o la resignación”, nº XVII, mayo, 1938.

“Poesía y revolución (“El hombre y el trabajo” de Arturo Serrano)”, nº XVIII, junio, 1938.

“Un testimonio para ‘Esprit’”, nº XVIII, junio, 1938.

“Madrid’, Cuadernos de la Casa de la Cultura,” nº XX, agosto, 1938.

“Misericordia,” nº XXI, septiembre, 1938.

“Las ediciones del Ejército del Este”, nº XXIII, noviembre, 1938.

“Pablo Neruda o el amor a la materia”, nº XXIII, noviembre, 1938.

Estos serán los textos que nos servirán para ir desgranando los temas que más han preocupado a María Zambrano e ir analizando el tratamiento que de ellos hace. Estudiaremos en primer lugar las cartas, en las que creemos se observan varios temas aquellos, que irá profundizando a lo largo de su vida y que nosotros resumiremos como el problema de España, una razón íntima y una razón poética.

#### INTRODUCCION:

#### Las primeras cartas y el desarrollo de su filosofía.

En el Archivo de la Fundación José Ortega y Gasset se conservan los originales de las cartas que María Zambrano dirige a su maestro; éstas han sido publicadas recientemente en *Revista de Occidente* (número 120) y en *Philosophica Malacitana* en el vol. IV de 1991.

La primera carta fechada el 11-2-1930, cuando María Zambrano no tiene aún 26 años, responde de forma crítica a un artículo de Ortega aparecido en *El Sol* el 5 de febrero. Aunque joven se dirige a su maestro con claridad y contundencia y pide soluciones políticas muy concretas: derrocamiento de la monarquía, advenimiento del régimen republicano, organización de las fuerzas políticas, actuación de los intelectuales... Cabe destacar especialmente unos planteamientos básicos, que van a ser —según creemos— el hilo conductor de la reflexión filosófica zambraniana. Critica el partidismo porque piensa que ante todo se necesita conciencia nacional, que debe estar en la base de cualquier partido, y exige por esta misma razón una entrega por entero a esta causa abandonando toda actitud teorizante para vivir un entrafiamiento vital, que posibilite a cada cual el sentirse instrumento de una misión que es “construir la nación”.

Observamos en este primer escrito una palabra directa, que valora la condición humana y busca lo mejor para ella. En estos momentos España requiere una entrega absoluta y de corazón, por este motivo se atreve a hablarle a Ortega con exigencia, aunque con reconocimiento: “Debe y puede usted hacer más, señor Ortega y Gasset... y no porque haya entregado pocas, sino porque puede entregar más, y mientras se puede se debe”<sup>1</sup>

<sup>1</sup> María Zambrano *Tres cartas de juventud a Ortega y Gasset. Revista de Occidente*, mayo 1991. p. 15.

María Zambrano escribe desde el dolor y su llamada quiere ser tan ajena a la agresividad como a la confusión, por esto lamenta que en esta hora se pueda hablar tan sólo de ideas y no de compromisos. Su grito está libre de ataduras, de ataduras partidistas y hasta políticas, porque entiende que conseguir una mejor situación política tiene que ver con una razón ética, más íntima al hombre y a España, que con un razonamiento especulativo. Su propuesta es grave y comprometida.

La segunda carta fue escrita el 3-11-1930, a poco de publicarse *Nuevo Liberalismo*, ésta tiene un tema central: el comentario de la propia autora ante una reseña que se ha escrito sobre su libro. En dicha reseña se dice que María Zambrano disiente e incluso se enfrenta a su maestro. Con este motivo se dirige —de nuevo— a Ortega con tristeza y explica de modo decisivo su posición.

En algún momento le habrán podido criticar algunos, nos habremos podido doler otros, de que su actuación no fuera más intensa en la desquiciada vida política española. Mas lo que nadie podrá decir es que usted no haya mantenido tensa su atención hacia ella, ... y bien, esto que usted ha realizado con total plenitud es lo que, a distancia infinita, he intentado yo hacer en mi librito. ¿Dónde está la contradicción? ¿Dónde el enfrentamiento mío?<sup>2</sup>

El contenido rezuma amor-lealtad y compromiso; es fácil ver en María Zambrano, desde su juventud a la obra última, un intento tenaz de saltar cualquier muro que imponga una razón lógica, prefiere siempre una razón cordial, una razón ética que acoge al hombre, le libera y, al tiempo, le reintegra explicándole su origen y su destino. Estos son los temas que le preocupan desde sus primeros escritos y éstas las razones de amor mediante las cuales se dirige a Ortega, sintiendo además gratitud.

Me duele la publicación de ese artículo; me duele ese papel guerrillero que se me adjudica “frente” a usted; me duele que se pueda mojar la pluma en el resentimiento; que haya tanto error, tanta ligereza, todo esto es cosa triste.<sup>3</sup>

Diríamos que la honda meditación zambraniana es España, pero se resiste a que su pensamiento sea sintetizador de lo humano; por el contrario, en sus palabras trata de llegar a los matices peculiares del razonar y del sentir y lamenta, en definitiva, cualquier reductivismo del que no reconoce la totalidad del mundo que habitamos y, entonces, desde una miope visión esquematiza y generaliza.

La última de las cartas tiene fecha del 28 de mayo de 1932, fecha muy significativa porque la república lleva ya un año y con ella también el desencanto. María Zambrano reconoce esta decepción y desvela algunos temas, que no le abandonarán nunca

No podemos hacernos claros sino *en* algo y *ante* algo, que a veces no se nos presenta concreto y vivo en ninguna persona, y en otras, en que somos más afortunados, se nos da, se nos ofrece realizado en una persona.<sup>4</sup>

Estas palabras —según creemos— descubren la profundidad del diálogo en la filosofía de María Zambrano que se presenta ante todo como poesía, desvelación,

<sup>2</sup> Ibidem, p. 20.

<sup>3</sup> Ibidem, p. 21

<sup>4</sup> Idem.

descubrimiento que se comunica. Somos comunicación y necesitamos encontrarnos con alguien para “aclarar el oscuro mundo en que habitualmente vivimos”<sup>5</sup>. Claridad, nitidez que surge ante una presencia que adivinamos y necesitamos

Sería, pienso yo, de interés delimitar en qué consiste lo que dota a una persona de esta maravillosa fuerza, que nos lleva ante su presencia —no siempre real— a buscar el sentido de nuestro vivir, a confrontar ante no sé qué invisible Tribunal, nuestro vivir efectivo con esos que yacen en el último fondo de la conciencia.

En estas palabras reconocemos la búsqueda de lo originario en el pensamiento de María Zambrano. Va al encuentro de su origen y busca la raíz de su propia esencia y allí —todos sabemos— reside la verdad y el sentir más puros, allí no caben ni partidos, ni banderías, ni rencores, ni resentimientos. Es la iluminación, el encuentro, el nacimiento, el despertar.

Sin embargo, María Zambrano está ahora en otro estado de ánimo en su intimidad descubre la angustia de una interioridad cerrada. La preocupación es clara, habían luchado por destruir el Viejo Régimen y construir “una España nuestra” y la realidad ha sido que “las voces de los que construyen suenan tan lejos y tan extrañas que nos parece estar viviendo en un país abandonado.”<sup>7</sup>

Seguramente que no pueda decirse más en menos palabras, éstas encierran el abandono y la soledad que sentía su alma en aquellos momentos. Si, como se ha dicho, la filosofía zambraniana podría llamársele de “conciencia afectiva” lo confirmaríamos con estas palabras que cita

Hemos perdido la fe y algo más: la solidaridad... Me decía un muchacho “que no teníamos capacidad de hacer”, “que no teníamos voluntad”. Pero... no puedo aceptar por explicación lo que juzgo una consecuencia. Existen, naturalmente, dotes para hacer bien, pero el ir a la acción depende de una situación total de la persona. Si nosotros no tuviésemos dotes, pero estuviésemos en forma para hacer, haríamos, bien o mal, pero haríamos.<sup>8</sup>

Esta es una realidad maravillosamente descubierta y descrita por María Zambrano. Expone la radical importancia del sentirse bien, porque descubre que no es la política, menos aún el partidismo, quien puede atraer bondad al vivir, pues a aquel grupo de jóvenes, que ella representa, no les falta voluntad para hacer algo, sino algo más íntimo, les falta fe y solidaridad y sin ellas nada puede hacerse. Desde estos sentimientos y claras emociones se pregunta acerca de la realidad y también por la verdad. De nuevo alude al magisterio de Ortega y Gasset: “Durante este tiempo se ha forjado el tópico de que usted se halla en las nubes”<sup>9</sup>. Sin embargo, ella percibe otra realidad

Creo haber ido dándome cuenta —y no yo sola— de lo que significaba de sacrificio su participación en la política. Aun de antes, yo le veía como un globo voluntariamente cautivo. Cautivo en y por España. Cada día ha ido usted ligándose más y más generosamente a la realidad (donde le reprochan no estar). ¡Qué doloroso es siempre ver esto!<sup>10</sup>.

<sup>5</sup> Idem.

<sup>6</sup> Ibidem, p. 22

<sup>7</sup> Ibidem, p. 23

<sup>8</sup> Idem.

<sup>9</sup> Ibidem, p. 24

<sup>10</sup> Idem.

¿Qué significa, pues, la realidad? María Zambrano no nos habla de ninguna entelequia, la realidad tiene unos signos inequívocos y los descubre desde esta hora: “Yo le veía hablando sobre Cataluña, ejerciendo esa pedagogía biológica o vital que ha ejercido usted siempre sobre España... Y se me ensanchaba el alma pensando en que alguien se curaría oyéndole”<sup>11</sup>. La realidad es riesgo, es compromiso, es fe y es solidaridad “no quiero salvarme sola”<sup>12</sup>. Y se despide de Ortega expresando el mismo sentimiento de su primera carta: gratitud. Porque ve en Ortega la virtud que le parece más trabada con la realidad: la generosidad.

Estas son las preocupaciones constantes en María Zambrano. Creemos que es debido a su peculiarísimo trayecto, que va desde el tema de España al desentrañamiento de la realidad humana. Desde los primeros temas a los últimos leer a María Zambrano significa soñar con ella, repensar, crear, y abandonarse al pensamiento para que éste discorra por sí mismo. Su reflexión está más cerca de la inquietud y del misterio que de cualquier esquematismo, pues nada le preocupa menos que lo opaco o lo mudo, su voz es diáfana aunque haya bosque y sea de noche.

Analizaremos ahora lo que consideramos su primera preocupación: el tema de España.

#### A. ESPAÑA

Como hemos dicho, en 1930 publica su primer ensayo *Nuevo Liberalismo*. Es ésta una obra sentida y revolucionaria<sup>13</sup>. En efecto, ya desde el comienzo la autora explica el motivo de este trabajo

Se trata tan sólo ... de un pensamiento muy espontáneo, nacido ante la angustia de los grandes problemas que insistentemente llamaban a mi sensibilidad y de los que mi atención no ha podido, ni podrá en mucho tiempo libertarse<sup>14</sup>

Con esta doble realidad integradora, pensamiento y sensibilidad se interroga por la historia y por la política. Y, de nuevo, quisiera no ver la escisión de ambas sino dejar que acuerden sus ritmos, se tomen el pulso, y se abran al futuro. Pero no ha sido así, porque “la historia no es sino un diálogo bastante dramático entre el hombre y el universo”<sup>15</sup>. Este diálogo podría llamársele, como había dicho Ortega, el quehacer del hombre, su proyecto por cumplir en la tierra. Y estas “conversaciones”, como llama Zambrano, que el hombre mantiene con el universo son “las concepciones de la vida”, de las cuales una es la política.

De entre estos sentidos, critica el positivismo y apuesta por un pensamiento creador; rechaza el comunismo ruso y aboga por menos intransigencia y más libertad, más amor a la vida y no un afán de detenerla. Estas críticas le llevan a proponer el liberalismo porque “es, ante todo, cuidadosa delimitación de poderes”<sup>16</sup>. Esta delicada atención a los límites le permite hablar contra el fanatismo, el individualismo, errores tan frecuentes de la historia española, para propiciar la tolerancia como en realidad un problema “sólo de amor, es saber que existe “lo otro”; amar lo contrario, que es lo humano”<sup>17</sup>.

<sup>11</sup> Ibidem, p. 25

<sup>12</sup> Ibidem, p. 26

<sup>13</sup> Laureano Robles. *A propósito de 3 cartas de María Zambrano a Ortega. Philosophica Malacitana*, IV, 1991, p 231 y ss.

<sup>14</sup> María Zambrano. *Nuevo Liberalismo*, Ed. Javier Morata, Madrid, 1930. p.s

<sup>15</sup> Ibidem, p. 16.

<sup>16</sup> Ibidem, p.24.

<sup>17</sup> Ibidem, p. 25

Para explicar este sentimiento de lo humano matiza con maestría el otro polo de lo humano, el sentir de lo divino. Con ciertos tintes órficos y pitagóricos, con resonancias de Parménides y de Platón expresa el amor divino desde una absoluteidad que, contrariamente a lo humano, es enriquecedora y nunca fanática ni monstruosa.

Sólo Dios puede ser fanático sin ser monstruoso; porque él l lleva dentro de sí las puras esencias de las cosas, y lo que esté fuera de él no es. Pero lo humano, siempre parcial, limitado, ha de amar a su contrario, que es su complemento <sup>18</sup>

Por esta razón, porque lo humano es limitado propone, como hiciera Bergson respecto a la moral, una política abierta y dinámica frente a una cerrada y estática; esta última se degrada siempre y termina alejándose de la vida aferrándose tan sólo a sus propios decretos y leyes. Dogmatismo, en fin, que oculta la más rígida de las crueldades la que justifica su propia trayectoria, como la mejor de todas las posibles. Por el contrario, María Zambrano a un año de la instauración de la república propone

Será revolucionaria aquella política que no sea dogmática de la razón, ni tampoco de la supra-razón; y creará más en la vida, más en la virtud de los tiempos que en la aplicación apriorística de unas cuantas fórmulas, expresadas con exigencias de perennidad; la que se considere renovable por el caudal inmenso de la realidad, nunca exhausta <sup>19</sup>

En esta presentación de la política hay además de una reflexión rigurosa, un sentir expresivo alejado de convenciones superfluas y academicistas. Expone las falacias de una política conservadora por ser cansina, pesimista y desesperanzada y apuesta por una política revolucionaria que se acerca más a la autenticidad de la criatura que arriesga su vida por un despertar más iluminador para cada hombre.

Una política de esencia revolucionaria no significa necesariamente una revolución, con su brusquedad de catástrofe, con la crueldad de sus procedimientos audaces ... y con su sucedáneo retroceso. Más bien diríamos que la excluye, en tanto que la presupone de un modo continuo, de cada día, de cada hora <sup>20</sup>

El pensamiento que subyace es nítido: la revolución puede ser un procedimiento tanto para una política revolucionaria como para una conservadora, revolución no es más que un estallido y a María Zambrano le interesa sobre todo el ser del hombre, su estado, su íntimo vivir y no tan sólo una sacudida. De este modo, analiza también los tipos y situaciones que conducen a la revolución. No le convencen ni el exceso de individualismo, ni los estados de rebeldía incapaces de espíritu constructivo.

Lucha, en fin, por una política revolucionaria caso de que ésta sea llevada a cabo por un afán de justicia, éste es el que conmueve, el único capaz de vibrar ante el cambio porque opta por un optimismo vital que propicia fe en la vida antes que en las ideas, antes que en la razón. Este espíritu revolucionario tiene dos direcciones: cognoscitiva y moral. En el aspecto cognoscitivo valora la visión, la intuición del político frente a cualquier reductivismo dogmático; en el aspecto moral el político más que voluntad de poder, que cautiva y apresa la vida, debiera procurar voluntad de reforma porque así se espera a la vida, la recrea, y se acepta el tiempo <sup>21</sup>. Como dice Antonio

<sup>18</sup> Ibidem, p. 26

<sup>19</sup> Ibidem, p. 31

<sup>20</sup> Ibidem, p. 47

<sup>21</sup> Ibidem, p. 60

Colinas “nunca está contra algo”<sup>22</sup>, es decir, está a favor de la vida en toda su riqueza, a favor del hombre y de lo positivo. Escribe en una hora estremecedora alentando y consolando desde el propio dolor, y así refiere Antonio Colinas, más que “para su tiempo” escribía “en el tiempo”<sup>23</sup>.

Al hilo de esta reflexión, María Zambrano anota otro sentimiento profundo, que hemos venido citando, el de la religión, pero una religión creadora, amante de la revelación porque “la verdad sobrenatural puede ser enriquecida por el mismo que en gracioso don nos ofreció su iniciación un día”<sup>24</sup>

Tras esta minuciosa aclaración, defiende el liberalismo no sin hacer una dura crítica a este movimiento político del XIX, porque si liberalismo es “el empeño que el hombre pone en superar toda esclavitud, en ser hombre sólo; es decir, árbitro, señor de sí mismo y de la vida”<sup>25</sup>; reconoce, sin embargo, que la España de 1930 ha sacrificado los ideales liberales para hacer del hombre un esclavo de la sociedad y dice: “Realmente no estamos hoy en España para definir con contemplativos ojos el liberalismo, cuando peligra en su esencia inviolable, cuando es él cuestión de vida o muerte”<sup>26</sup>

No obstante, a pesar del momento y a pesar del fracaso, no renuncia a su vocación teórica y ensaya una suerte de liberalismo que atienda por igual las direcciones más humanizadoras la ética, la religión y el problema social. Leer estas páginas supone reconciliarse con lo más íntimo que se posee y, por supuesto, con la filosofía. Resulta admirable recorrer en la obra zambrana lo mejor de la tradición hispánica y admitir con ella que “cortar las amarras con lo alto” supone crear un individuo robotizado, incapaz de vibraciones personales, en el que el amor ha sido sustituido por un deber automático que produce más miedos y sobresaltos que la reconciliación ante cualquier fallo humano. Así dice Juan Fernando Ortega Muñoz: “Su filosofía se inspira en la tradición cultural europea y en las inquietudes y preocupaciones del mundo de hoy, además de beber en la más añeja y profunda corriente del pensamiento español”<sup>27</sup>

Y no sólo el liberalismo dejó al hombre sin el apoyo y conexiones con las fuerzas y la solidaridad que el instinto y el amor proporcionan, sino que además le asignó un papel esquematizador de otras energías también humanas y necesarias como el misterio, la pasión, lo irracional. Según María Zambrano el choque con la religión fue frontal.

Es la religión un basar la vida sobre hondos, oscuros cimientos irracionales, por profundos, superiores a toda razón; y el liberalismo, un afán de cimentarla en el claro discurso racional, única guía de actividad<sup>28</sup>

Al respecto, dice Mercedes Gómez Blesa: “El filósofo trasladando la realidad a un trasmundo, se ha olvidado de su propia realidad... No es de extrañar que el mejor calificativo que se pueda aplicar al hombre contemporáneo sea el de “ignorante”, pues ha dado la espalda a ese fondo abismático de las pasiones en donde se debate su verdadero ser”<sup>29</sup>

<sup>22</sup> Colinas, A. “La palabra esencial de María Zambrano” en *Marx Zambrano: El canto del laberinto*. Gráficas Ceyde, Segovia, 1922. p. 19.

<sup>23</sup> *Ibidem*, p. 20.

<sup>24</sup> *Ibidem*, p. 60

<sup>25</sup> *Ibidem*, p. 73

<sup>26</sup> *Ibidem*, p. 78

<sup>27</sup> Ortega Muñoz, J. F. *María Zambrano: su vida y su obra*. p. 11.

<sup>28</sup> *Ibidem*, p. 100

<sup>29</sup> Gómez Blesa, M. “El hombre como problema” en *María Zambrano: el Canto del Laberinto*. op. cit, p. 49.

En el aspecto social el liberalismo también encierra contradicción porque “los postulados espirituales del liberalismo no pueden realizarse con la economía liberal”<sup>30</sup>; es necesario, pues, una nueva economía, un nuevo liberalismo que abarque todos los aspectos sociales, culturales y políticos, y no un liberalismo despótico, en cierto modo, que propone una libertad no para el hombre sino en el vacío. Es preferible al liberalismo burgués el arraigo en la Naturaleza, el amor y la libertad de valores que propicien la realización humana, puesto que aquel ni favorece la democracia económica ni la aristocracia espiritual que promueve la libertad de prensa, de enseñanza, de investigación que proyecte nuevas relaciones entre el hombre, la naturaleza y lo sobrenatural.

En *Nuevo Liberalismo* se expone una experiencia de libertad, que se asienta en una razón histórica y política<sup>31</sup>, propia del magisterio de Ortega, pero recorre un camino singularísimo en el que puede observarse también la huella de Unamuno y de Machado, más cercanos a la vida como razón y al pueblo, como el sujeto que encarna el sentir más hondo. Un liberalismo que se aleja del acartonado y fracasado liberalismo racionalista para sentir uno más integral, más revolucionario y más ético. Así encontramos magníficamente trabados la razón política y la razón religiosa, tal vez porque, como cita Cerezo, “se trata de un nuevo liberalismo que no está fundado en premisas escuetamente humanistas, sino mucho más originariamente, en la razón poética, o mejor aún en una religión cordial”<sup>32</sup>.

La agudeza zambraniana, sus afinadas reservas ante los partidismos o los estallidos revolucionarios irracionales y crueles, presagian desde su primer ensayo filosófico el estilo y la expresión radical de un alma bañada en la libertad, que le lleva a recorrer desde entonces hasta sus obras póstumas, una propuesta de renovación interior, una revolución ética como la única realmente personal y humana. A esta tarea moral se entrega desde estos primeros momentos y, como sabemos, junto a su labor intelectual participa también en importantes compromisos sociales como el de las Misiones Pedagógicas. Su lucha en pro de la república no decae y es la causa que le lleva al exilio.

Así finaliza su primer libro que, como bien dice, escribe desde el pensamiento y desde la sensibilidad. El tema, o mejor, la preocupación nuclear es España. La filosofía de María Zambrano no cae en los errores que ella atribuye, desde su primera obra, a gran parte de nuestra historia española. Estas deficiencias serán su falta de arraigo en la tradición, que es no sintonizar con el sentir del pueblo, y la vinculación con las preocupaciones sociales del momento, el vivir para todos.

En *Nuevo Liberalismo* María Zambrano deja claro que su pensamiento está enraizado en la tradición española más profunda; de ahí su preocupación por descubrir el ser de España desde una conciencia íntima y se sitúa junto al sentir del pueblo, en la más honda raíz unamuniana y machadiana. De aquí también el entañamiento del pensar-sentir dirigido en las inquietudes del mundo de su época. Filosofía y vida se entañan. Este será el segundo tema zambraniano del que nos ocuparemos. Ahora veremos cómo se acerca al problema de España en otros escritos posteriores a *Nuevo Liberalismo*.

En 1937-1938, María Zambrano publica en la Revista *Hora de España*. Esta es una de las revistas literarias que se crean para dar a conocer la labor cultural realizada por el Gobierno de la República. El Consejo de Redacción estuvo integrado por León Felipe, Antonio Machado, José Bergamín, Tomás Navarro, Rafael Alberti, José Gaos, entre otros.

<sup>30</sup> Ibidem, p. 124

<sup>31</sup> Pedro Cerezo. *De la historia trágica a la historia ética. Philosophica Malacitana*, vol. IV, 1991

<sup>32</sup> Ibidem, p. 87.

El primer número estuvo encabezado por un artículo titulado *Propósito*. Y entre otros objetivos manifiesta: “Nuestros escritos han de estar, pues, en la línea de los acontecimientos, al filo de las circunstancias, teñidos por el color de la hora, traspasados por el sentimiento gen eral”<sup>33</sup>

Aquella primera edición de *Los intelectuales en el drama de España* de 50 páginas se publica en Chile en 1937, donde tras contraer matrimonio con Alfonso Rodríguez Aldave el 14 de septiembre de 1936, viajan porque éste ha sido nombrado Secretario de la Embajada de la República.

El mismo día en que cae la ciudad de Bilbao (1937) María Zambrano y su marido regresan a España. Su marido se incorpora al ejército y ella colabora en defensa de la República como consejera de Propaganda y consejera nacional de la Infancia Evacuada. Hasta el día de su exilio reside sucesivamente en Valencia y en Barcelona.

En Valencia colabora activamente con el grupo fundador de la revista *Hora de España*, como ya hemos dicho, y con el grupo de artistas, escritores y universitarios llevan a cabo una insólita experiencia de educación: las Misiones Pedagógicas. En compañía de escritores amigos como Luis Cernuda, Rafael Dieste, José Antonio Maravall o el pintor Ramón Gaya, María Zambrano recorrió algunos pueblos y remotas aldeas, llevando hasta sus gentes la cultura a la que por tradición pertenecían, y la desconocida, es decir, el cine, el teatro, la pintura o la música clásicas.

En esta época, de nuevo, será el problema de España el que le preocupe, sin embargo percibimos que ya desde su artículo *Hacia un saber sobre el alma* deja implícita la razón poética y será esta razón el instrumento para abordar este tema. De aquí que lo analicemos en el tercer apartado: la razón poética.

#### B. HACIA UNA RAZON INTIMA.

Como vemos en *Revista de Occidente*, además de las reseñas sobre temas puntuales, destacan dos artículos que son muy conocidos y marcan un hito en la evolución del pensamiento de María Zambrano. *Por qué se escribe* es su primer ensayo de junio de 1934 y en diciembre de ese mismo año publica *Hacia un saber sobre el alma*.

Al querer hablar de este primer ensayo *Por qué se escribe* no podemos dejar de detenernos en las primeras palabras, aunque han sido reiteradamente comentadas

Escribir es defender la soledad en que se está; es una acción que sólo brota desde un aislamiento efectivo, pero desde un aislamiento comunicable.<sup>34</sup>

Ambas emociones: soledad y comunicación se dan en la razón de escribir. Y se cae en la cuenta, como bien dice María Zambrano, de que se escribe para reconquistar algo perdido, después de haber hablado largamente o para reconciliarse consigo mismo, después de haber callado sufridamente.

Es la razón íntima zambraniana, el adentramiento en sí misma para hallar la claridad de sentimientos conscientes, aunque no siempre expresados ni reconocidos por nosotros. María Zambrano está ya del lado de la experiencia humana. Es la primera razón. No en vano desde 1931 trabaja en la que será su Tesis Doctoral “La salvación del individuo en Spinoza”.

<sup>33</sup> *Hora de España*, 1937, nº1, enero. pp 5-6

<sup>34</sup> Zambrano, M. *Hacia un saber sobre el alma*. Alianza, Madrid, 1989 p. 31

<sup>35</sup> *Ibidem*, p. 34

Esta será la idea cabal de su filosofía: la reflexión como salvación. El fracaso no es más que el paso para una victoria, alejado de toda suerte de humillación. Es seguro que en estos momentos escribe para liberar al hombre de la mentira, o del tedio, o del miedo y decirle la verdad. La que ella encuentra en su sed de realidad y autenticidad; el *Ethos*, por tanto, del escrito es buscar aquello que es reencuentro, creación.

Descubrir el secreto y comunicarlo, son los dos acicates que mueven al escritor.<sup>35</sup>

En María Zambrano está clara la función liberadora de la filosofía. Observamos que tras la publicación de su primer libro y antes de editar el segundo *Los intelectuales en el drama de España* (1937), en uno de los artículos de aquel período: *Ante la "Introducción a la Teoría de la Ciencia" de Fichte (1934)*, dice: "...primera toma de contacto del hombre no filosófico con la Filosofía, violencia ejercida sobre el ser de este hombre para que abandone su pasiva actitud y entre en la actividad filosófica que ha de conducirle a su ser más pleno, a ser "otra clase de hombre"<sup>36</sup>

*Lo cierto es que, como se recoge en su biografía de Anthropos*, María Zambrano ingresa en la F.U.E. en 1927 y se abre ante ella "una dimensión salvadora de la política". Esta misma dimensión la atribuirá más tarde a la filosofía. Por esta razón rechaza el escaño del Partido Socialista que D. Luis Jiménez de Asúa le propone, a pesar de considerar que "aquellas Cortes fueron inigualables y en las que se encontraban, entre otros muy relevantes, Unamuno y Ortega".<sup>37</sup>

La fuerza ética y el acercamiento al hombre, que le lleva a la política, le inclinará más tarde a la filosofía. Si en *Nuevo Liberalismo* y en *Los intelectuales en el drama de España* el centro es España, más tarde su preocupación intelectual irá nucleándose en torno a la vida humana. Atiende al hombre concreto, por tanto, inscrito también en la historia y en la política. Así, en *Persona y Democracia* (1958) incidirá en el hombre político.

El ensayo de 1934 *Hacia un saber sobre el alma* lo inicia hablando de la revelación: "Desde la Filosofía que emplea sus racionales instrumentos en arrojar luz sobre la Ciencia, "Ciencia de las ciencias", se ha vuelto, sin desperdiciar su herencia, a eso escalofriante de puro maravilloso que es la Filosofía, el pensamiento en su mayor pureza, se arroje con el ímpetu de la pasión, no para devorarse a sí misma, como la pasión sol a hace, sino para detenerse a tiempo, antes de que la caza huya y traérsela intacta"<sup>38</sup>

Pasión y razón unidas, porque la sola pasión ahuyenta y la razón sola no acierta. He aquí la razón poética zambraniana. Poesía es crear, producir, inventar. Esta es la razón apasionada, que acoge al hombre completo y lo tensa en todas sus posibles formas de comunicación "disparándose con ímpetu apasionado para frenar en el punto justo, puede recoger sin menoscabo a la verdad desnuda"<sup>39</sup>

Esta razón que podría llamarse íntima o cotidiana es siempre una razón mediadora, nacida para la reconciliación y, especialmente, para el amor. *Hacia un saber sobre el alma* es la obra que trata más ceñidamente del amor y este contagio del amor-razón es el inicio de lo que será la razón poética. Por esto se ha dicho de ella que es una razón femenina, razón intuitiva<sup>40</sup> o, dicho de otro modo, una razón que no domina,

<sup>36</sup> Ibidem, p. 167.

<sup>37</sup> Ibidem, p. 11.

<sup>38</sup> Ibidem, p. 19.

<sup>39</sup> Ibidem, p. 20.

<sup>40</sup> Ortega Muñoz, J. F. *María Zambrano: su vida y su obra*, p. 43.

que no ejerce coacción alguna, que no toma represalias, que abrumba dando amor pero que no ajusta cuentas ni por el haber ni por el debe.

María Zambrano alude a este saber de la Filosofía como revelación. Un *Camino de vida*: “Hay dos maneras de reaccionar ante los pensamientos que son trozos o parte de otro pensamiento más radical, todavía desconocido; una es permanecer insensible ante la verdad a que apuntan; otra, darse cuenta, por una sensibilidad nacida de la necesidad que tenemos de esa verdad, de que está allí, y no poder, sin embargo, encontrarla”.<sup>41</sup>

La razón poética es primeramente “caer en la cuenta” y, a partir de ahora, María Zambrano habla de Max Scheler y del *Ordo amoris*, de Pascal y de Spinoza, de Nietzsche y de “la idea cristiana de hombre como un ser que muere y ama, que muere con la muerte y se salva con el amor”.<sup>42</sup>

Casi sin percibirlo nos ha abierto — un panorama, para luego percatarse ella misma que esta nueva visión la proporciona la razón poética: “El alma se buscaba a sí misma en la poesía, en la expresión poética”. Si anteriormente había criticado el liberalismo burgués por ser ajeno al hombre solidario con los demás, ahora rechaza el positivismo que sólo aporta un cientificismo mediocre, que no sostiene la verdadera historia sino “amarga narración notarial”. Ni positivismo, ni romanticismo: “Era necesario una idea del hombre íntegro y aun idea de la razón íntegra también”. Rechaza tanto el positivismo como los romanticismos melifluos, porque su búsqueda va hacia una razón prístina, mediadora y poética, a fuerza de despojarse

Era necesario topar con esta nueva revelación de la Razón a cuya aurora asistimos como razón de toda la vida del hombre. Dentro de ella vislumbramos que sí va a ser posible este saber tan hondamente necesitado. El cauce que esta verdad abre a la vida va a permitir y hasta requerir que el fluir de la “psique” corra por él. Tal es nuestra esperanza.<sup>43</sup>

Y se queja de los saberes aprendidos en la brega del amor: los sentimientos, las emociones, ... que no han encontrado cauces racionales; a pesar, de que estas vivencias sean tratadas en las novelas, en la poesía y en la religión. En estos años María Zambrano expresa la razón poética en *Hacia un saber sobre el alma*. En otros artículos y reseñas rodea el tema, se acerca, lo sugiere, da pinceladas acerca del saber y de la filosofía.

Insiste en su idea de la filosofía como liberación. Su propuesta nada tiene que ver con una razón dogmática u opaca, sino que es abierta, clara, para quien no haya tomado conciencia de su estar-en-el-mundo. La misión de la filosofía está llena de responsabilidad, puesto que dice:

La más clara conciencia se necesita para esta acción sobre un ser que no se ha dado cuenta de su tragedia, de su ser y no-ser, de su destino y su libertad, de su posible perfección, y ponérselo al descubierto.<sup>44</sup>

La filosofía nos enseña, pues, a hacernos cargo de nuestro ser como personas, del sentido de la vida y de las cargas que conlleva. De este modo, María Zambrano atisba

<sup>41</sup> Zambrano, M. *Hacia un saber sobre el alma*. Op cit. p. 21

<sup>42</sup> Idem.

<sup>43</sup> Ibidem, p. 38

<sup>44</sup> Ibidem, p. 164.

la figura del enseñante y le reconoce estas cualidades: “Requiere, en suma, un estado de convicción en el espíritu del hombre maestro y una claridad en la mente del filósofo”<sup>45</sup>. Entiende la filosofía y la enseñanza como un diálogo, en estado perenne de comunicación: “Ambos, maestro y discípulo, salen juntos a la caza de la verdad y mutuamente se animan y aguijonean”<sup>46</sup>. La Filosofía es un estado, una actitud ante la vida: “Como en amor, no se recibe, sino se entrega”<sup>47</sup>. En fin, es una pasión amorosa que lleva a buscar incesantemente la verdad, en desposesión de todo lo superfluo y esquivo para poder vivir: “Pasión y razón unidas ante tal pregunta, que deja la vida entera pendiente de sus respuestas.”<sup>48</sup> Este es el tipo de saber que María Zambrano propicia. Un saber que es luz, que dé ganas de vivir, un pensamiento que suscite esperanza, amor y hasta penetración del alma hasta quedar ésta descubierta. Saber que origine fusión entre el pensamiento y el corazón, entre el maestro y el discípulo.

Así dice: “¿Qué es ser hombre? es la pregunta que se ha formulado Fichte con dramática serenidad, como a un filósofo le compete. Pasión y razón unidas ante tal pregunta, que deja la vida entera pendiente de sus respuestas. Pero en dar la contestación se invierte toda la vida, que es la única manera que tiene la vida de ponerse ante la razón: pagando con todo su ser, que es su tiempo”<sup>49</sup>

Por esta razón, María Zambrano identifica hombre sabio a hombre libre. La filosofía como ideal de vida o, de nuevo, el tema de su Tesis Doctoral *La filosofía como salvación del individuo*. Muchos de sus comentaristas coinciden en este tema: la sabiduría. El conocimiento es sabiduría, porque es saber en su sentido más profundo y espiritual con momentos llenos de esperanza y otros de búsqueda interminable por la ausencia, dudas ante una presencia que requiere despojamiento de la conciencia para ir de claro en claro hasta la reconciliación más grata, la única que hace hablar al alma. “Con razón se ha dicho que el progreso de la Filosofía es hacia dentro, cada vez más hacia dentro”<sup>50</sup>

En la reseña de *Hoffmann: “Descartes”* afirma con contundencia: “ser filósofo es, por lo pronto, un modo de ser del hombre —no sabemos si el más esencial de todos los modos posibles de ser hombre—, y un filósofo determinado es, a su vez, un modo de existencia del ser filósofo”<sup>51</sup>. La filosofía vemos es un modo de vida, es una apasionada profesión.

Filosofía que, María Zambrano entiende como comprensión de la realidad, para que ésta sea transparente por entero a la razón. Aquí seguramente quería llegar y nos lo ha ido explicando, una y otra vez, hasta exponer lo esencial. Saber es algo más que entender un proceso racional, es poseer también un poder en la voluntad que posibilite ser y vivir en las mejores actitudes y, diríamos, plenitudes. Si no, de qué vale el saber.

Al tiempo que la mente entiende el corazón se satisface. De ahí que la cultura sea luz, que el saber transforme y abra horizontes de claridad. Cuánta razón tenía Aristóteles: “todos los hombres desean saber”. Pero el instrumento de dicho saber debe ser una razón abierta, dúctil a los avatares de una vida humana llena de perplejidades y

<sup>45</sup> Idem.

<sup>46</sup> Ibidem, p. 165

<sup>47</sup> Idem.

<sup>48</sup> Ibidem, p. 166.

<sup>49</sup> Idem.

<sup>50</sup> Ibidem, p. 171.

<sup>51</sup> Ibidem, p. 159.

componendas, pero gustosa ante la emoción que le planifica, le reabsorbe, le reconcilia. Así María Zambrano se toma en serio la vida, como la más arriesgada aventura del hombre y la filosofía, como sinónimo de claridad, el mejor instrumento para acceder a la plenitud

La vida sólo precisa de la conciencia de ser vivida para constituir la más peligrosa y fantástica aventura que puede pensarse. En su virtud el filósofo es el más audaz aventurero, el que ejecuta el más arriesgado juego, poniendo su vida en el máximo peligro al pretender alcanzar la suma claridad de su conciencia<sup>52</sup>

Claridad del filósofo que debe ayudarle a comprenderse y comprender las preocupaciones sociales e históricas de su tiempo: “Ahora más que nunca el intelectual europeo vive en peligro y su imperativo de claridad exige que viva serena y luminosamente en peligro, alumbrando con su propia luz sin llamas el fondo oscuro en que tal vez su cultura, su mundo, y con él el sentido de su propia existencia, pudiera disolverse un instante”<sup>53</sup>. En otra reseña titulada “*Un libro de ética* (Sobre “ética general” de Ramón del Prado”, agosto 1935) aborda el modo de acercamiento al tema histórico, que debe ser interpretado con sentido filosófico la propia tradición: “No debe existir contradicción entre este penetrar vivo en el pensar filosófico desde un problema presente y este apoyarse en un pasado tradicional. Y no sólo que no deben estar en contradicción, sino que seguramente, la mejor manera de entender este pensamiento tradicional es acometerle a partir del presente, de lo presente que se quiere aclarar, y de no ser así, quede como algo superfluo, simple saber de curiosidad, estéril casi siempre”<sup>54</sup>

### C. LA RAZON POÉTICA.

*Los intelectuales en el drama de España* es un libro escrito al comienzo de la guerra y de su viaje a Chile. María Zambrano tiene una imperiosa necesidad: comprender la historia, esto mismo le sucedió en aquel artículo que había escrito con 10 años sobre la 1ª Guerra Mundial, en la revista de Antiguos Alumnos del Instituto de San Isidro de Madrid. Quiere comprender y humanizar la historia, entender racionalmente el padecimiento. Así dice: “Hacer la historia de la inteligencia en España en esta hora de tragedia es algo que deja sentir su necesidad, cuando no se está dispuesto a abdicar de la condición de hombre”<sup>55</sup>

Ante tanta guerra y tanta sangre lanza un grito de horror con una sola necesidad: encontrar la razón de tanta sin razón. Esta es su primera perplejidad: cómo va a ejercer una razón abstracta o muda ante tanto dolor. Si antes necesitaba comprender la razón de sus vivencias, de sus emociones, de sus sentimientos para acceder a la singularidad humana, para comprenderse y acoger al otro, ¿cómo no encontrar ahora alguna explicación a tan tremenda barbarie?

María Zambrano se decide por la claridad: que la razón debe aprehender la vida y en estos momentos vida es sinónimo de tragedia. Su sensibilidad percibe la necesidad de que su conciencia esté despierta, alejada de mixtificaciones, desprendida de la comodidad; fantasmas de la inercia y del estatismo. Cuando en 1977 *Hora de España*

<sup>52</sup> Ibidem, p. 161.

<sup>53</sup> Ibidem, p. 162.

<sup>54</sup> Ibidem, p. 175.

<sup>55</sup> María Zambrano. *Senderos*, p. 27.

publica el número correspondiente a la edición de noviembre de 1938, María Zambrano encabeza la edición facsimilar con un estudio que es una magnífica exposición del sentir de la revista.

En dicho estudio resume con precisas palabras su propia idea de la filosofía y su peculiar visión de España. —Propone una creencia unitiva entre pueblo y cultura, entre sensibilidad y objetividad. Ve esta síntesis en una honda conciencia de autores como Unamuno, Machado y Ortega y en tantos escritores y poetas que sufrían por igual y estaban dispuestos a dar “una palabra adecuada” a esta hora y no un grito. Era el intento de poner fe y serenidad ante el espanto. Estos son sentimientos vividos unitivamente, los otros no son más que aspavientos. María Zambrano está convencida que España —de nuevo— expresa una experiencia profunda que no renuncia al pensamiento creativo, unitivo de la razón y el sentimiento mientras en esa hora está fracasando la razón moderna, abstracta y cruel.

echábamos de menos un género literario nuevo que trascendiese las diferencias en una unidad desplegada en múltiples dimensiones. Queríamos una dimensión más, ya que la presencia del hombre tanto se acercaba a su ser entero. Y este hombre entero que se mostraba pedía un autor. Y el autor entre todos es el poeta, y el filósofo también, mas en oficio de poeta.<sup>56</sup>

María Zambrano sabe que su razón está en íntima fusión con estos estados de conciencia y que no existe ninguna razón formalista. Critica el racionalismo, del que es necesario desprenderse, porque manifiesta una razón eterna, pura, sin historia, ajena a toda conmoción de sí misma y, por supuesto, de espaldas siempre al dolor. Y si el sentir le parece irracional entonces jamás el hombre podrá conocerse. Así dice: “Y aún de algo anterior de este momento a lo burgués: la creencia racionalista en que el mundo está compuesto de cosas, no de acontecimientos; de sustancias y no de sucesos; en que el mundo es estático, fundamentalmente idéntico a sí mismo”<sup>57</sup>

Rechaza esta pobre idea de la razón que nace en Grecia y se perpetúa en la razón ilustrada. Critica el elementalismo que supone la ilimitada fe en el progreso: “Sólo le reprochamos a estos progresistas liberales su excesiva simplicidad y su ligereza, su superficialidad al no tener en cuenta todos los subterfugios y disfraces de que el hombre es capaz y sobre todo y más gravemente el no distinguir entre la inteligencia en su historia, en su desenvolvimiento a través de los sucesos más encontrados”<sup>58</sup>

Por tanto, aboga por una razón más enriquecida de la realidad cambiante y aristada por estos mismos cambios, mediadora y no cosificadora, sino llena de recursos y abierta a intereses personales y no pocos intereses sociales. Junto a esta crítica del racionalismo, como razón ahistórica, critica —también el fascismo que, intelectual y políticamente, es perverso.

El fascismo nos muestra la desgracia que para el hombre es conservar las palabras, los conceptos sin vida ya, de cosas que han sido y ya han dejado de servir<sup>59</sup>

La fina sensibilidad zambranianiana queda clara, y nos preguntamos porqué esa machacona insistencia respecto del asistematismo de su pensamiento cuando parte,

<sup>56</sup> María Zambrano. *Hora de España XXIII*. Anthropos 70/71, Barcelona, 1987. p. 132.

<sup>57</sup> *Ibidem*, p. 50.

<sup>58</sup> María Zambrano. *Hacia un saber sobre el alma*, Op. cit., 1989. p. 30

<sup>59</sup> María Zambrano. *Senderos*. p 36.

como diría Bergson, de una peculiar visión de lo necesario en el mundo vivencial y teórico y va adentrándonos en los temas que atañen al hombre: desde la ética a la política, desde la teoría del conocimiento a una singular metafísica, dejando caer definiciones claras y profundas acerca del amor, la poesía, la adolescencia o, como en este caso, el fascismo. En el pensamiento de María Zambrano se dan citas los temas de la filosofía contemporánea: desde la estética a la teoría social más radical.

En estos momentos, como ya hemos dicho, está comprometida políticamente a favor de la República. Es una hora trágica esta “Hora de España”. En ella se puede ver el tesón zambrano por descubrir la intra-historia de este drama a fin de encontrar soluciones: “Extraer de la realidad relativa la verdad subsistente; de la mezclada sustancia, la esencia indeleble, es la tarea de la experiencia”<sup>60</sup>

Así se percibe su clara vocación filosófica y el compromiso social de estos momentos: “Intentemos de nuevo encontrar la razón del mundo, no de las cosas, sino de los sucesos, devanando el ignorado camino, es difícil, y es necesario. Si otros ofrecen su vida sobre la tierra helada de las trincheras, no hará nada de más el intelectual arriesgando su existencia de intelectual, aventurando su razón en este alumbramiento del mundo, que se abre camino a través de la sangre”<sup>61</sup>

De aquí que tras la crítica al racionalismo y al fascismo, rechace además de las actitudes conservadoras los falsos progresismos, carentes también de sentido. Busca una verdad completa, que integre la experiencia humana, que vincule su vivir en la naturaleza, que explique su pensar y su sentir.

Del alma estrangulada de Europa, de su incapacidad de vivir a fondo íntegramente una experiencia, de su angustia, de su fluctuar sobre la vida sin lograr arraigarse en ella, sale el fascismo ... Es incompatible el fascismo con la confianza en la vida; por eso es profundamente ateo: niega la vida por incapacidad de ayuntamiento amoroso con ella, y en su desesperación no reconoce más que a sí mismo.<sup>62</sup>

Ya se observa en este texto, como en *Nuevo Liberalismo*, su preocupación por España y a la vez el hilo que reconduciría esta enmarañada madeja por caminos un poco más sensatos, un poco menos disparatados: una razón positiva que se apoye en la vida (Ortega), que se haga confianza y confidente mediante el amor. Desde el comienzo de su obra filosófica, María Zambrano afirma la vida, la religión y el hombre. Está además convencida del desastre de una razón estática, desentrañada de la vida y ajena al amor. Cree que el amor se incardina con la realidad, la penetra y ésta es la única forma de comprenderla. Tiene esta clara evidencia de que la realidad, y específicamente la realidad humana puede dar mucho de sí y entonces descubriríamos a un hombre nuevo. El método no puede ser el racionalismo, ni el idealismo sino la revelación, los sueños ... ese otro modo de saber.

Hay que esperar a que los presentimientos del hombre nuevo sean algo más que un presentimiento, a que vaya apareciendo su realidad, a que el hombre vaya siendo otro, a que las facetas inéditas de la hombría, las zonas no usadas de la humanidad, vayan apareciendo por obra de imprevistos acontecimientos.<sup>63</sup>

<sup>60</sup> Ibidem, p. 16

<sup>61</sup> Ibidem, p. 29

<sup>62</sup> Ibidem, p. 37.

<sup>63</sup> Ibidem, p. 38.

Junto a este atisbo de la razón poética María Zambrano se centra en su crítica al fascismo y a la circunstancia de España y analiza con pulcritud cuál podría ser el papel de los intelectuales. En esta problemática hay varios temas a tratar:

*a) La racionalidad.*

Crítica toda suerte de irracionalismos y se decanta por una razón que explique la realidad que el hombre siente. Lo demás es escisión, tremendo dualismo del hombre entre su razón y su ser. Por supuesto, que no aceptaría ninguna idealización o mixtificación que falsee la realidad y abandone la razón, sino que se trata de hallar “ un nuevo uso de la razón más complejo y delicado, que llevara en sí mismo su crítica constante, es decir, que tendría que ir acompañado de la conciencia de la relatividad <sup>64</sup>.

*b) Hacia una razón crítica.*

Percibe la crisis en toda su crudeza. El dilema es también contundente: o razón absolutista o una razón humana, más abierta y más dinámica. En cierto sentido, podemos decir que María Zambrano está ejerciendo la misma crítica que hacía la Escuela de Frankfurt por aquellos años con un fin concreto, en ambos casos: restaurar la convivencia social, abrir los cauces de la comunicación, redimir la razón esclerotizada y abrir usos que no ejercemos.

Esta revolución debería servir para despertar ese nuevo hombre, que María Zambrano relaciona con la religión.

*c) El dualismo de las Españas.*

Por fin, María Zambrano aboca en lo que ha ido pergeñando desde su primer libro: su honda conciencia social. Expone el dualismo casi febril que descompone a España en una tradicionalista y otra real; en una oficial y otra popular; en una España pro-europea y en otra antieuropea. Escisión de su contexto espacio-temporal: una España brillante y la triste España de las derrotas de Africa.

En *La reforma del entendimiento español* (1937) aborda esta problemática. El mismo título indica el camino y las primeras palabras exponen su peculiarísima visión: “Difícilmente pueblo alguno de nuestro rango humano ha vivido con tan pocas ideas, ha sido más ateórico que el nuestro” <sup>65</sup>. Ante este ateoricismo María Zambrano entiende que España, sin embargo, posee recursos naturales que se refieren sobre todo al sentido de la convivencia que siempre ha practicado y éste es más importante que la suma de saberes. Esto es lo que hay que salvar.

No obstante, es difícil solucionar tanta desidia de nuestro pasado histórico con hitos que María Zambrano trae a nuestra memoria con precisión, por ejemplo, el enclaustramiento al que Felipe II sometió a España diciendo que, no obstante, existía salud moral. De ahí que más que difícil la solución para España sea imposible, sin embargo reconoce que por estos mismos motivos, España sorprendentemente dio muestras de una voluntad de vivir. Recuerda el hondo estoicismo español y afirma que el pueblo tiene “voluntad concreta y definida de vivir y de hacer.” <sup>66</sup>

<sup>64</sup> Ibidem, p. 79.

<sup>65</sup> Ibidem, p. 88.

<sup>66</sup> Ibidem, p. 93.

Aquí se ven las dos Españas: Primero, la oficial y atórica, dogmática en una “única posible forma de ser”; Segundo, la popular y llena de voluntad. Esta es la creativa y recreadora de otros modos, sin dogmas, sino bajo la palpitante convicción del fracaso.

Es Cervantes quien nos presenta el fracaso del español, quien impacablemente nos pone de manifiesto aquella maravilla de voluntad coherente, clara, perfecta, que se ha quedado sin empleo y no hace sino estrellarse contra el muro de la nueva época. Es la voluntad pura, desasida de su objeto real, puesto que ella misma lo inventa. Cuando Kant, casi dos siglos más tarde, presenta las condiciones de una voluntad pura, nada añade que no esté en el querer firme, en la entereza de voluntad del Caballero de la Mancha.<sup>67</sup>

Recrea este tema de la novela que parte, como la filosofía, desde una excepcional conciencia de fracaso, no es una mera sensación es una aceptación “realista resignada y al par esperanzada”<sup>68</sup>. Y así sin pretender la novela sistematizar, como hace la filosofía, se le revela desde el fracaso otro mundo que estaba por descubrir. Esta revelación, esta nueva posibilidad de la razón que la novela descubre, la expone María Zambrano con una prístina simplicidad, esta es, la convivencia.

Y este es el caso que nos da Cervantes: Don Quijote era la voluntad pura de Kant antes que nadie pudiese pensarla, antes de que el mundo la necesitase y pudiese comprenderla, y es además... la convivencia, diríamos pura, con Sancho. El misterio clarísimo de la convivencia entre Don Quijote y Sancho es algo que todavía no se ha revelado en toda su significación, porque es una profecía sin petulancia, de un tipo de relación humana que aún no se ha realizado.<sup>69</sup>

Don Quijote representa, para María Zambrano, una profunda y proverbial convivencia en la que no se da, en modo alguno, la esencial sol edad del idealismo. En Don Quijote se vislumbra siempre el otro, el prójimo, que no es un añadido, pues, como diría Antonio Machado, el ser no es idéntico sino que es heterogéneo, está abierto siempre al otro: arrieros, mozas de partido, venteros y venteras, pastores ... todos son algo de Don Quijote.

El trato de Don Quijote para con cada uno de ellos tiene una forma: la confianza. Todos se sienten crecer ante la confianza que Don Quijote les manifiesta; al mismo tiempo esta actitud es disolvente de oscuros resentimientos, pertinaces aislamientos hasta hacer perder la medida de lo humano.

María Zambrano cree que ni el estado español ni nuestra razón histórica han entendido a Cervantes. No así el ensayo o la novelística, como Galdós, que supo ver el sentir y la elegancia de los sentimientos y el sentido de la vida del pueblo.

Nuestro fracaso al no hacer una reforma, la reforma del pensamiento y del Estado que necesitábamos, hizo replegarse a nuestro más claro entendimiento a la novela y a nuestro mejor modelo de hombre, quedarse en un ente de ficción.<sup>70</sup>

Cuando en abril de 1937 escribe “*El español y su tradición*” se hace la misma pregunta de su primer ensayo de 1930: “¿Qué es España?”. Los temas y las respuestas son las mismas: cómo abordar la revelación humana. “Se le ha hecho a la cultura española el reproche de no haber fabricado una metafísica sistemática a estilo germa-

<sup>67</sup> Ibidem, p. 95

<sup>68</sup> Idem

<sup>69</sup> Ibidem, p. 96.

<sup>70</sup> Ibidem, p. 99

no, sin ver que hace ya mucho tiempo que todo era metafísica en España”<sup>71</sup>. Esta clave poética y filosófica viene expresada mediante una respuesta: la reconciliación de la vida es posible a través del sufrimiento y la muerte. Esta raíz hace viable la humanidad de la criatura, su flexibilidad y no el rígido dogmatismo que paraliza el pensamiento y petrifica la vida española. En esta trágica hora de la guerra civil, Zambrano denuncia el dogmatismo en el pensamiento español y expone una originalísima tesis acerca del modo español de reflexión filosófica: la filosofía de Cervantes en la novela. A través del fracaso podremos observar la riqueza que significa ser hombre.

Vemos, de nuevo, que le preocupa sobre todo el *éthos*, porque desea transmitir una preocupación: “La soledad esencial sobre la que se funda el idealismo, es en Don Quijote profunda, esencial convivencia”<sup>72</sup>. Esta debiera haber sido la peculiarísima reforma del pueblo español, que hubiera movido a un estado de nobleza, de mutua confianza y reconocimiento como el que Don Quijote tributa a Sancho que “lleva clara e inequívoca la noción del semejante en el centro de su espíritu”<sup>73</sup>. El carácter sagrado de la persona resulta más que cordial y es el mismo que se encuentra en Séneca, San Isidoro, Juan Luis Vives, Gracián. Por esta alta moral de Don Quijote se pregunta María Zambrano:

¿Qué ha hecho de todo esto el Estado español? Faltó la honda actitud reformista para echar cuentas del camino emprendido, para examinar lo que había en el español, libertándole de los dogmas sobre él acumulados. Faltó el hombre de Estado, a la vez pensador, que nos sacara del laberinto en que nos habíamos metido.<sup>74</sup>

Faltaron políticos e intelectuales que recogieran esta misma reforma del entendimiento en clave del pueblo, el profundo romanticismo en la más genuina reivindicación de lo humano. Para María Zambrano se dio una excepción con Galdós que enriquece este sentir con personajes como Fortunata, alma casi gemela a Don Quijote. María Zambrano reclama la voz del pueblo al que considera con una voluntad invicta, llena de confianza en el hombre.

Es la hora de que España acepte íntegramente la voluntad de su pueblo ... la realice en la medida mayor de su posibilidad actual.<sup>75</sup>

Todavía queda voluntad de transformación de esta crueldad cívica por una expresión liberadora, así sorprende la agudeza de visión, el análisis certero de estos escritos que, además, se piensan en momentos tan dramáticos. La vocación filosófica queda manifiesta, porque María Zambrano sabe escudriñar la realidad y otear el horizonte por encima de la tragedia.

Desde su primera estancia en Madrid y especialmente durante el exilio María acoge a cuantos a ella se acercan y todos celebran estos encuentros como verdaderos acontecimientos, en los que sobre todo había un festín: su voz y su palabra. Mediante ella María Zambrano exponía un contenido deslumbrador, nada común, armonía de razón y corazón, y se iba descubriendo esa realidad siempre presentida y nunca per-

<sup>71</sup> María Zambrano. “El español y su tradición”. *Hora de España*. Valencia, 1937. p. 264.

<sup>72</sup> María Zambrano. “La reforma del entendimiento español” *Hora de España*, op. cit., p. 310.

<sup>73</sup> *Ibidem*, p. 311.

<sup>74</sup> *Idem*

<sup>75</sup> *Ibidem*, p. 316

fectamente acabada; por esto, hablaba de sueños, guía, confesión como experiencias íntimas que piden siempre una verdad que se sabe más allá de la vida. De aquí que, aún asumiendo la duda y las sombras, recorra espacios para, al fin, darnos la luz, los claros, lo diáfano. La filosofía zambrana expresa la realidad total del hombre: su compromiso y su fe en el cielo y consigo mismo en una transparencia abarcadora y siempre nueva de la luz en miles de colores, a menudo iguales y siempre distintos.

¿Por qué María Zambrano habla de los sueños y el tiempo? Tal vez porque nos ha enseñado a huir de la identificación, de los espacios rígidos para avistar espacios infinitos en donde cabe la realidad más plena del hombre. El sueño es eco y guía de una voz que nos es y nos está haciendo, así su filosofía es siempre diálogo y esperanza todo es encuentro, acontecimiento en una realidad viva sin nada de muerte.

¿Porque cuál ha sido el mayor dolor de María Zambrano, aunque sea aventurarnos en una respuesta? La reducción de la realidad diversa, plural, inocente a una forma homogénea, esquemática, opaca. Hay que entrar en la luz, en la vida aún a través de la duda por ser humana, abrir caminos como estrechar manos desde el corazón. Este ha sido el saludo constante de María, porque vivió en una ensoñación y jamás se ató a la realidad sino que dejó que el sueño le revelara su máxima inocencia. En esta creencia comienza el diálogo y sólo aquel que cree en el sueño, como lo otro que te hace a ti mismo, puede crear un ámbito de confianza y respeto que una con los demás. Nadie va solo, la soledad es un abstracto, cada cual va soñando, lo demás es mutismo errabundo y a María Zambrano le interesa, por el contrario, la experiencia, la vivencia y la trascendencia porque en el principio fue el sentir, y no la soledad, el vivir con “ese paraíso perdido” que buscamos. Y esa parcialidad es la que duele, ese ser —como en el sueño— revelación y ocultación “sin actualizarse nunca del todo”<sup>76</sup>

Tal vez otras de las claras resonancias en el pensamiento de María Zambrano sea la de Heidegger. Ambos proponen una metafísica, mediante voces que aglutinan experiencias vivas y humanas: el origen, el crear, la palabra. Ambos también son creadores, intentan ver y describir el mundo desde su propia perspectiva. La Filosofía es recurrente, una y otra vez “saca cosas nuevas de cosas viejas”. Aquí radica su fuerza. Muchos filósofos lo reconocen. El propio Habermas refiere que el pensamiento no puede quedarse aquiloso tiene que seguir abierto al mito y a lo sorprendente. Este es el modo de reconstruir el mundo y llenarle de sentido que explique la vivencia humana.

En el libro de Ross acerca de Aristóteles comenta que éste decía: “A medida que me hago más viejo me acuerdo más de los mitos”. El mito recupera el sentido universal y recompone el lugar natural de cada cosa. Si para Heidegger el origen de la Filosofía está en un entrañamiento, María Zambrano habla de destierro, desarraigo, búsqueda al fin de ser en libertad. “Es la paradoja de la historia: que toda humanización lleva consigo como su sombra inevitable una deshumanización”<sup>77</sup>

Es la dialéctica del progreso en el que tanto habían creído los Ilustrados. La razón va generando en sus márgenes la semilla de aquello que la ha de destruir. Adorno y Horkheimer ya hablaron de ello en la *Dialéctica de la Ilustración*. Sin embargo, nos queda aún el reconocimiento de saber quienes son los maestros pensadores, esto es, aquellos tienen el privilegio de hacer germinar las ideas más intensas y genuinas y despiertan en quienes lo leen mundos sólo hasta entonces entrevistos .

<sup>76</sup> María Zambrano. *Los sueños y el tiempo*. Ed. Siruela, Madrid, 1992. p. 25

<sup>77</sup> Zambrano, M. *Sobre el problema del hombre*. *Anthropos*/2. marzo-abril, 1987. p. 102.